

DISCURSO DE LA SRA. MINISTRA EN EL ACTO DE CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DE LA REUNIÓN DEL CONSEJO DE LA SOCIEDAD DE NACIONES.

DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN, 30.07.2020.

Eskerrik asko antolatzaileei ekitaldi honetan parte hartzera gonbidatzeagatik. Beti da atsegina etxera itzultzea.

El conmemorar hechos históricamente relevantes tiene, en mi opinión, sentido si somos capaces de desentrañar lo que significaron y, sobre todo, lo que representan para quienes hoy los contemplamos desde nuestra circunstancia. Porque la reflexión sobre el pasado no puede quedarse en la pura evocación nostálgica, sino que debe ser fuente de enseñanza y acicate para la acción.

Yo me aproximo al centenario de la reunión en Donostia del Consejo de la Sociedad de Naciones, primero, desde el respeto; desde un profundo respeto por aquellos hombres (sí, lamentablemente en esa época solo hombres representaban a los países) que, habiendo sido testigos de las barbaridades que entrañó la Primera Guerra Mundial, recién salidos -como quien dice- del sufrimiento terrible de aquellas trincheras, se esforzaban por alzar el andamiaje institucional de una organización destinada a construir y preservar la paz.

Ese anhelo de paz que alentaba en las mentes y los corazones de los delegados que se reunieron hace hoy cien años en Donostia es un hilo que me une, que nos une, íntimamente con ellos.

Y les inspiraba ese ideal de paz, pero les inspiraba también un método.

La cita de San Sebastián representó para la política exterior española un giro incipiente hacia el multilateralismo, tras años de un neutralismo aislacionista condicionado por las convulsiones políticas internas derivadas de la crisis del 98 y la atonía de la primera restauración, en la que la política exterior no tenía otro interés inmediato que evitar conflictos con las grandes potencias del momento, ni otro objetivo estratégico que mantener la presencia colonial en Marruecos.

En ese marco, el entonces Presidente del Consejo de Ministros, el aliadófilo Conde de Romanones, viaja finalizada la guerra a París, se entrevista con Wilson, adopta con precauciones su programa de reconstrucción europea y solicita que España entre en la Sociedad de Naciones para irse posicionando. El Embajador en París, Quiñones de León, se erige en canal de comunicación y de gestión de la nueva orientación; por lo que aquí le tenemos hace 100 años, negociando en los salones de esta Diputación Provincial como representante de uno de los países que habían sido neutrales en la guerra, pero que ha comprendido que el aislamiento y la introspección no sirven para ubicarse en un mundo cada vez más interconectado e interdependiente.

En definitiva, España, apostaba por salir de su ensimismamiento y por abrirse al mundo a través del multilateralismo. De ahí la porfía por obtener un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones, que sería la gran aspiración de la política exterior de los años 20. Y de ahí, unos años más tarde, la consagración del multilateralismo en la Constitución de la República, que hace renuncia expresa a la guerra como instrumento de política y pone a la Sociedad de Naciones en el centro de la acción exterior española.

Esa apuesta por el multilateralismo es el otro hilo conductor que nos une de manera muy directa con quienes se reunieron hace 100 años en estos salones.

Las imágenes de la época y las crónicas de aquellos días que nos han llegado tienen algo de entrañable. Evidencian como Donostia se volcó con los protagonistas de esta ocasión tan singular, dándole a las jornadas la brillantez y la vitola que esta espléndida ciudad sabe brindar.

España también se volcó en la reunión de San Sebastián. Era su primera gran cita internacional tras la Conferencia de Algeciras de 1906. Hubo un debate parlamentario importante, de reordenación, que quiso superar la división entre aliadófilos y germanófilos. En el plano intelectual, la sesión suscitó gran entusiasmo entre los krausistas de la Institución Libre de Enseñanza, de cuyas filas saldrían algunos de los funcionarios españoles de la Sociedad de Naciones, en cierto modo predecesores míos en las tareas que, siguiendo sus huellas como funcionaria internacional, he desempeñado durante no pocos años en Ginebra.

Ahora bien; todos sabemos que la Sociedad de Naciones no logró evitar la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, y de ahí creo que también debemos extraer enseñanzas.

Para mí, la principal enseñanza es el imperativo de que la acción internacional sea inclusiva y eficaz.

Desde hace unos años venimos lidiando con un cierto revisionismo que creo peligroso: desinformación de negacionistas del cambio climático, apelaciones a un patriotismo de vía estrecha, neosoberanismos que vuelven a propugnar la autarquía o refutadores de la universalidad de los derechos humanos, en particular de los derechos de las mujeres. Estos discursos alimentan populismos simplistas que, lamentablemente, obtienen cierto eco en tiempos de incertidumbre, en tiempos problemáticos.

En efecto; nuestros tiempos lo son. Como, por otra parte, todos lo han sido. Pero, precisamente debido a la naturaleza global de los problemas que hoy nos acucian, la respuesta debe ser global: más diálogo, más cooperación, mayor integración, un mejor multilateralismo; exactamente lo contrario de la cerrazón estéril, del retorno a la tribu que se postula desde el revisionismo.

Si alguna prueba faltaba para convencernos del fundamento de este enfoque, en realidad el único posible, el COVID la está aportando de la manera más palmaria y dolorosa. La crisis sanitaria, económica y social que provoca la pandemia exige soluciones colectivas, porque nadie estará a salvo hasta que todos lo estemos.

Nos encontramos, pues, ante una nueva encrucijada del multilateralismo. Con la experiencia aprendida de la Sociedad de Naciones, sabemos que no podemos fracasar, porque el coste para el mundo de un fracaso no sería asumible. Debemos emprender una modernización ligada a la reconstrucción post-COVID; una senda que también deben recorrer las Naciones Unidas, cuya reforma sigue siendo necesaria, pero que acabamos de balizar hace unos días en la Unión Europea, dentro de unos parámetros bien definidos y muy ambiciosos de solidaridad, sostenibilidad y digitalización. Estos parámetros están en la base del salto cualitativo que para Europa ha supuesto el histórico Consejo Europeo del pasado día 21. Sin caer en la autocoplacencia, creo que con este salto cualitativo la Unión se ha puesto en condiciones de recuperar su posición como referente mundial del multilateralismo y de mostrar, en plena crisis, la línea de avance para el conjunto de la comunidad internacional.

Concluyo, desde el respeto y consciente de los hilos conductores que nos unen con aquel tiempo, rindiendo una vez más homenaje al espíritu que inspiró los trabajos de la reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones en San Sebastián, un espíritu que está hoy más vivo que nunca y que sigue alentándonos a todos a trabajar por una humanidad más justa y pacífica; una

humanidad en la que, como reza el lema del nuevo gran contrato social que son los Objetivos de Desarrollo Sostenible, no dejemos a nadie atrás.

Muchas gracias, eskerrik asko.